

DANIELLE PAIGE

BALDOSAS
AMARILLAS EN

GUERRA

TERCERA ENTREGA DE LA SERIE *BEST SELLER MUNDIAL*

¡DOROTHY DEBE MORIR!

Los tornados deben tener algo en contra de las chicas de Kansas, porque, al igual que Dorothy, Amy fue arrastrado por uno. Amy aterrizó en Oz, donde el bien está embrujado, donde los brujos son buenos y las Brujas Malvadas le han encomendado una misión: ASESINAR. La única forma de impedir que Dorothy destruya la tierra de Oz (y Kansas), es matarla. Y Amy es la única que puede hacerlo. Pero Amy falló, y muchos han muerto por sus errores. Por su culpa, el portal entre los dos mundos ha sido abierto, y ahora ha de encontrar el modo de cerrarlo. Dorothy quiere encargarse de que Amy no pueda volver a su casa nunca. Ahora ha llegado el momento para Amy: tendrá que unirse a las Brujas, luchar por la tierra de Oz, salvar Kansas y detener de una vez por todas a la malvada Dorothy.

Las brujas estaban esperando.

Las llamas ardían detrás de aquellas tres figuras con capa, como si fuera una escena de *Macbeth*. Eso si *Macbeth* hubiera estado ambientada en un aparcamiento de caravanas, claro está. Las sombras danzaban sobre el terreno como fantasmas en vela. Una brisa helada azotaba la arena, creando varios ciclones diminutos. Sentí un escalofrío por la espalda. Estaba en el Parque de Recreo Móvil Dusty Acres, o en lo que quedaba de él, mejor dicho. La barbacoa estaba quemándose. Aquel bloque de cemento carbonizado era lo único que quedaba del lugar que durante varios años consideré mi hogar.

Ahora ya no tenía hogar.

Ante mí tenía a un trío de mujeres; cada una llevaba una capa enorme de un color distinto: rojo, dorado y azul. A sus pies había una capa de color lila con un ribete dorado. La bruja de la capa roja era Glamora. La de la capa azul, Mombi. La tercera, la que lucía aquella preciosa capa dorada, llevaba la capucha puesta, de forma que no pude ver sus rasgos.

—Álzate —ordenó Glamora, y recogió la capa lila del suelo—. Ocupa tu lugar entre nosotras.

Di un paso hacia delante. Las brujas tenían razón. Había llegado el momento de cumplir con mi destino. De derrotar a Dorothy de una vez por todas, con el apoyo de la Revolucionaria Orden de los Malvados, por supuesto. Di otro paso hacia delante y acepté la capa que me estaba ofreciendo Glamora.

—Llevas toda la vida preparándote para esto —dijo—. Sabías que te pediríamos que te unieras a nosotras. Ha llegado el momento. —Un segundo después, digerí lo que

acababa de decirme. Estaba confusa, y perpleja. ¿A qué se refería con eso de que llevaba toda la vida preparándome para eso? Me había pasado un montón de años en aquel descampado para caravanas, en Kansas, hasta el día en que un tornado me sacó de Dusty Acres y me llevó a un mundo que, hasta entonces, me parecía que solo podía existir en los libros. Después, la Orden me reclutó. Y no solo eso, me entrenó y me enseñó a luchar en aquel laberinto de cuevas subterráneas donde alojaban a sus nuevos reclutas; sin embargo, apenas había pasado tiempo con las brujas. Solo había compartido un momento con ellas, el día en que se enfrentaron a Dorothy con toda su artillería. Y en ese preciso instante, me di cuenta de que Glamora no me estaba mirando a mí, sino a otra persona.

—Lo sé —dijo una voz familiar a mis espaldas. Y Nox dio un paso hacia delante—. Pero no esperaba que fuera tan pronto.

No daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Me volví y Nox esbozó una sonrisa cansada.

Parecía agotado y tenía la mirada triste. Estaba igual que la última vez que lo había visto; me daba la sensación de que todo aquello había pasado hacía una eternidad. Seguí a Dorothy por la maraña de setos que se extendía detrás de Palacio Esmeralda y, durante la persecución, tuve que dejarlo atrás. Encontré a Dorothy y al Mago. El Mago abrió un portal que conducía a Kansas. Dorothy lo asesinó y después nos arrastró a las dos hacia el interior. Dorothy, pensé. ¿Dónde se habría metido? Nox y yo habíamos atravesado el portal del Mago, así que ella no podía andar muy lejos. Cerré los ojos y traté de invocar mi magia. Y... no ocurrió nada. Había desaparecido del mapa.

—Estás preparado —le dijo Mombi a Nox. Ella tampoco me miraba a mí.

¿Qué diablos estaba sucediendo?

—Nunca estaré preparado —contestó él en voz baja. Casi a regañadientes, cogió la capa que Glamora tenía en-

tre las manos y se la colocó sobre los hombros. Luego me miró, y susurró—: Lo siento, Amy.

Abrí la boca, dispuesta a preguntarle por qué lo sentía y entonces lo comprendí. Las brujas no querían que yo ocupara mi lugar entre ellas. Querían a Nox. Después del calvario que me habían hecho pasar, después de tanto entrenamiento y tantas misiones, habían decidido apartarme, dejarme a un lado.

—¿Por qué...? —empecé, pero no tuve tiempo de acabar la pregunta.

Un estruendo resonó en aquel paisaje gris y aburrido y, acto seguido, varios relámpagos azules iluminaron el cielo y aterrizaron justo delante de Nox, produciendo un ruido crepitante. Se oyó un segundo trueno ensordecedor y la capa de Nox empezó a titilar. Su rostro se iluminó con un resplandor azul bastante espeluznante y la magia empezó a crepitar alrededor de todo su cuerpo. Notaba la energía en el aire, como si su cuerpo esbelto y fornido estuviera envuelto en un aura eléctrica. De pronto, Nox se quedó rígido y abrió la boca. Hizo una mueca, como si estuviera sintiendo un dolor insoportable.

—¡Nox! —grité, pero el zumbido de la magia se tragó mi voz. Corrí hacia él, pero la tercera bruja me lo impidió.

—No te preocupes. Estará bien —dijo—. No te entrometas hasta que acabe, Amy.

Del cuerpo de Nox empezaron a brotar unas líneas de energía; brillaban como si fueran hilos de luz. Aquellos zarcillos mágicos se separaron de su cuerpo y serpentearon en el aire, hasta llegar a las brujas. Los esquivé por los pelos. Un segundo después, la energía dio un último coletazo a las tres brujas, y a Nox. Los cuatro se elevaron hacia el cielo, mientras la magia tejía una red dorada a su alrededor, uniéndolos.

No tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo, pero era evidente que era algo importante. Era algo que, desde luego, jamás había presenciado antes. Algo que ni

siquiera lograba comprender. Durante un segundo, los cuatro cuerpos parecieron unirse en uno solo. Entre aquel remolino mágico advertí unas calles de color esmeralda y un cielo azul. De inmediato supe que estaba contemplando el reino de Oz. Y justo entonces, tras un último relámpago aterrador, los cuatro cuerpos se separaron y se desplomaron sobre el suelo. Las líneas de energía retrocedieron y se sumergieron en su cuerpo, como si fueran una cinta métrica. Nox aterrizó junto a mis pies, envuelto en aquella capa púrpura y jadeando, tratando de recuperar el aliento. Y entonces advertí la forma arrugada que había quedado tirada en el fango, justo al otro lado de donde estaban las brujas. Enseguida adiviné quién era: aquellos zapatos rojos, que emitían una luz tan brillante que me cegaba los ojos, la traicionaron. Era Dorothy. Su vestido de cuadros estaba rasgado y sucio y tenía el cuerpo manchado de barro y sangre. Sin embargo, sus zapatos seguían siendo de aquel color rojo brillante tan enfermizo.

—Rápido, ahora —dijo la bruja de la capucha—. Aprovechemos ahora que aún está débil. —Se retiró la capucha, desvelando así su identidad. Al descubrir quién era, me quedé de piedra.

—¿Gert? —murmuré—. ¡Pero si habías muerto!

Había visto con mis propios ojos cómo había muerto. Había llorado su pérdida. Y ahora, ahí estaba, vivita y co-leando. Y delante de mis narices.

—¡Ahora no tengo tiempo para explicártelo! ¡Nunca volveremos a tener una oportunidad como esta para destruir a Dorothy!

Glamora, Gert y Mombi se cogieron de las manos y empezaron a cantar. Enseguida reconocí el centelleo de la magia en el aire, justo por encima de sus cabezas. Nox cogió la mano libre de Mombi y la bruja la aceptó sin interrumpir el cántico. Se unió al coro de brujas. Una vez más, intenté invocar mi propia magia. Y una vez más, no ocurrió nada. Había desaparecido. No me quedaba ni una gota de poder.

Dorothy se incorporó y se miró las manos. Estaba confundida, como si acabara de descubrir lo mismo que yo. En aquel viaje a través del portal del Mago, nos había ocurrido exactamente lo mismo. No sabía qué era, pero no había afectado a Nox, ni al resto de las brujas. Y entonces lo adiviné. Dorothy y yo éramos de Kansas. Antes de poner un pie en Oz, jamás había lanzado un hechizo. Tal vez hubiera magia en Kansas, pero nunca supe cómo llegar a ella, ni si podía hacerlo. El Mago había asegurado que la magia que fluía por el reino de Oz venía, en realidad, de los campos secos y sin vida de Kansas. Dorothy y yo habíamos corrido la misma suerte. Habíamos vuelto a un mundo en el que no podíamos usar la magia. Y si Dorothy se había quedado sin ella, yo también.

—¡Ayúdanos, Amy! —gritó Nox.

—No puedo —respondí, desesperada. Aquella noticia pareció sorprenderle y abrió los ojos como platos. El cuerpo de Dorothy comenzó a brillar con una luz azul muy pálida.

Dorothy miró a su alrededor y, al darse cuenta de dónde estaba, se horrorizó.

—Estamos en Kansas —dijo con un hilo de voz—. Me habéis traído de regreso a Kansas. Y yo odio Kansas.

Aún estaba aturdida, pero consiguió ponerse de pie. Los zapatos empezaron a centellear y el brillo del hechizo de las brujas perdió intensidad. Movié los dedos y, al comprobar que su magia no funcionaba, nos fulminó con la mirada.

—Quiero que me devolváis mi palacio —espetó—. Y mi poder. Y mis vestidos.

Eché un fugaz vistazo a sus zapatos rojos y estos se iluminaron de un rojo carmesí.

—¡No! —chilló Gert—. ¡Detenedla!

El resplandor del hechizo cada vez era más pálido y, de repente, se disolvió en una lluvia de purpurina iridiscente. Y, en ese momento, los zapatos de Dorothy empezaron a

irradiar un brillo casi cegador. Se tambaleó. Ella, como todos nosotros, también estaba exhausta. Tenía los ojos hinchados y unas ojeras moradas que habían empezado a cobrar un color amarillento enfermizo. Se le había secado la piel y su hasta entonces tez de muñeca de porcelana se había vuelto ajada y sin brillo. Incluso su melena había cambiado; ahora se veía lacia y desaliñada.

—Llévame a casa —murmuró sin fuerzas—. Por favor, zapatos, llévame a casa.

Mombi no se lo pensó dos veces; se abalanzó sobre ella, con las palmas iluminadas, lista para atacarla con un hechizo. Sin embargo, llegó demasiado tarde. Tras un destello rojo y una suave explosión, como la de una botella de champán al abrirse, Dorothy se desvaneció.

Dorothy había vuelto a casa. Y nosotros nos habíamos quedado atrapados en Kansas. Para siempre.

DOS

Mombi y Glamora enseguida hicieron aparecer una tienda de campaña de seda. Aunque era algo endeble, servía para resguardarnos del viento polvoriento e implacable que soplabla en Kansas. Hacía mucho tiempo que no coincidía con Glamora; cuando entré en la tienda y la vi, bajo el tenue resplandor de unos hilos mágicos, su increíble parecido con su hermana Glinda volvió a dejarme pasmada. De pronto, recordé algo. Recordé los días que había pasado a su lado, en las cavernas subterráneas de la Orden; también rememoré sus clases sobre el arte del *glamour*, su amor por las cosas hermosas y la expresión de su rostro cuando me dijo lo que Glinda le había hecho. Había estado a punto de perder aquella primera batalla con su hermana, pero sabía que se moría por vengarse de Glinda. Eran como dos gotas de agua, algo que, a pesar del tiempo, seguía fascinándome. Era casi imposible distinguir las. Había visto a Glinda en acción y, por eso, cada vez que veía a Glamora, se me ponían los pelos de punta. Y eso que sabía que apoyaba a los Malvados. Lo que tenía que averiguar era hasta qué punto los Malvados estaban dispuestos a apoyarme a mí.

Intenté convencer a Mombi, Glamora y Gert de que respondieran a mis preguntas, pero las tres me ignoraron por completo; pululaban por aquella casa improvisada como tres marujas, ahuecando cojines y ordenando platos y cubiertos.

—¿Qué acaba de ocurrir? —le pregunté a Nox en voz baja.

Él me lanzó una mirada desvalida. Le habría dado un puñetazo.

—No podíamos contártelo todo, Amy. Tú mejor que nadie sabes que la Orden debe mantener ciertas cosas en secreto si quiere sobrevivir.

Sacudí la cabeza. Estaba furiosa. ¿Alguna vez me habían contado toda la verdad? Creí que podía confiar en Nox; pero, obviamente, me había equivocado. Me sentía rabiosa pero, sobre todo, dolida. Nox y yo no éramos simples soldados que luchaban en un mismo bando para ganar una guerra. Sentía algo por él y, para ser sincera, pensaba que yo también le importaba.

—Amy, dime algo —murmuró—. Por favor.

—Olvídalo —espeté.

Glamora también creó de la nada varias alfombras, todas hermosas y suaves al tacto, cojines muy mullidos, tapices decorativos y una mesa de madera antigua donde, en aquel momento, las brujas estaban conjurando una cena. Recordé el pañuelo que Lulu me había regalado, un objeto mágico que creaba esa misma tienda, pero en versión Glinda. En cierto modo, las hermanas se parecían muchísimo. Los toques personales de Glamora también incluían velas aromáticas y ramos de flores, la misma decoración que Glinda había elegido para su tienda. ¿Cómo dos personas tan similares habían elegido caminos tan distintos? ¿En qué más se parecían las dos hermanas? Al desplegar la tienda de Glinda, creí que estaría a salvo. Qué ingenua. Tal vez Glamora era tan peligrosa como su hermana.

—Amy —llamó Glamora con voz dulce y melosa—, ¿por qué no comes algo?

Preferí ignorar la cara que puso Nox cuando le di la espalda y me acerqué a la mesa. ¿Qué esperaba? Oí el frufú de la seda y supuse que había salido de la tienda, lo cual solo sirvió para enfurecerme todavía más. No quería contar-

me lo que estaba ocurriendo y, para colmo, se negaba a dar la cara.

Mombi, Gert y Glamora se habían acomodado alrededor de la mesa. Las bandejas rebosaban de comida. No recordaba la última vez que había comido, pero la verdad es que no tenía hambre.

—¿Cómo podéis comer? —espeté, de repente—. ¿Me podéis explicar por qué Gert está viva? ¿Y qué ha pasado hace unos minutos? ¿Qué diablos estamos haciendo en Kansas y cómo vamos a volver a Oz? Porque esto es Kansas, ¿verdad? ¿Por eso no puedo utilizar mi magia?

Mombi dejó el tenedor sobre la mesa y, por fin, me miró.

—¿No puedes utilizar tu magia?

—No —respondí—. Aquí, no. Es como... si hubiera desaparecido. Pero eso no es lo importante. Quiero respuestas. Me lo debéis.

Gert soltó un suspiro.

—Tienes razón. Creo que ha llegado el momento.

—Perdona, pero creo que el momento ha llegado tarde —repliqué.

Gert se rio por lo bajo.

—Esa es mi chica. A nuestra Amy no le gusta andarse con rodeos.

—No soy la chica de nadie —espeté—. Estoy harta de que me mareéis. Está claro que sabéis mejor que yo lo que está ocurriendo aquí.

—Eso no es del todo cierto —murmuró Gert—, pero entiendo que estés confundida. Y siento mucho que te sientas tan dolida. Sé que todo esto es muy difícil para ti.

—¡Sería mucho más fácil si me contarais de una maldita vez qué está pasando! —grité.

Llevaba mucho tiempo sometida a una gran presión. Y todavía no había conseguido matar a Dorothy. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Y me eché a llorar. Lloré por Nox, probablemente mi único amigo; un amigo que dejaba mu-

cho que desear, todo sea dicho. Lloré por Policroma, a quien había visto morir mientras intentaba derribar a Glinda. Lloré por su unicornio, que también había perdido la vida en aquella batalla. Lloré por *Star*, la rata de mi madre que el León se había zampado delante de mis narices. Lloré por todos los amigos que había perdido en aquella guerra estúpida, ridícula y sin fin. Y tal vez también lloré por mí.

Cuando por fin me hube desahogado, levanté la mirada y vi que Gert, Glamora y Mombi me observaban preocupadas. No me fiaba de ninguna de ellas, y tenía mis motivos. Estaba cansada de hacer el trabajo sucio de los demás. Sin embargo, presentía que aquel trío de brujas me apreciaba.

—¿Has terminado? —preguntó Mombi con brusquedad—. Porque tenemos mucho trabajo que hacer, niña.

—Lo siento —murmuré; después de aquel arrebato de ira, me había quedado más descansada.

Mombi le hizo un gesto a Gert con la mano.

—Dile lo que quiere saber. Luego nos pondremos manos a la obra —dijo.

Gert me miró con las cejas arqueadas, y asentí con la cabeza.

—De acuerdo, empecemos con la pregunta más fácil: ¿por qué sigo viva? La verdad es que nunca morí.

Si aquella era la pregunta más fácil, no quería imaginarme el resto.

—Pero yo lo vi —contesté—, yo vi cómo morías, en mitad de la primera batalla que libré.

Traté de desterrar el asqueroso recuerdo de mi primer encuentro con el León y su ejército salvaje. Al igual que muchas otras cosas que me habían ocurrido en Oz, me habría encantado borrar aquella imagen de mi mente.

—Te vi enfrentándote con el León. Y te vi perder. Lo vi con mis propios ojos.

—Sí, lo viste —comentó—. Y tienes razón, perdí.

Se estremeció y cerró los ojos, como si estuviera recordando aquel dolor. No sentía ninguna lástima por la Orden,

pero me costaba seguir enfadada con Gert. Era como guardarle rencor a tu abuela por haber quemado tus galletas favoritas sin querer.

—Pero matar a una bruja es muy muy difícil —continuó, y abrió los ojos de nuevo—. Incluso en una batalla tan sangrienta y brutal como esa. Si quieres que te sea sincera, no estoy segura de lo que ocurrió después de que el León me venciera. Lo único que se me ocurre es que la magia de Dorothy está difuminando las fronteras que separan tu mundo del nuestro. Cuando el León me derrotó, todo a mi alrededor se volvió negro. Fue como si me adentrara en un país de sombras.

—¿Las Tierras de la Oscuridad? —interrumpí. Gert se sorprendió. Por primera vez, me di cuenta de que había utilizado mi magia para salir de aquel universo paralelo, un universo desolador y espeluznante. Gert no se imaginaba que conociera las Tierras de la Oscuridad.

—Ella también puede entrar ahí —explicó Mombi. Gert asintió con la cabeza.

—Tu magia ha evolucionado muchísimo desde la última vez que te vi, Amy —dijo Gert—. En fin, no me adentré en las Tierras de la Oscuridad, o eso creo. No conocemos mucho ese lugar, la verdad. Pero, por lo que sé, aterricé aquí, en este claro. Y, desde entonces, no me he movido.

Tardé unos segundos en comprender que se refería a Dusty Acres.

—¿Estabas aquí? ¿En este descampado para caravanas? —pregunté.

Gert parecía confundida.

—No sé qué es este lugar —dijo—, pero no he logrado salir de aquí. Cada vez que he intentado marcharme, he aparecido en el punto de partida. Huir de aquí es imposible, es como correr en círculo. Así que al final desistí. Tampoco puedo tocar nada... Por mucho que lo intente, todo parece estar fuera de mi alcance. Ah, y no he visto a nadie por aquí; lo único vivo que he visto ha sido un pájaro. Ah, y

un escarabajo. —De pronto, se entristeció y pareció envejecer varios años—. Ha sido horrible —admitió—. He tardado muchísimo tiempo en recuperar las fuerzas y, aun así, estoy mucho más frágil que antes. Después de varios días, o meses tal vez, atrapada en este lugar inhóspito logré enviar un mensaje mágico a Mombi y Glamora. Utilizaron la grieta que separa ambos mundos para reunirse conmigo. Imaginábamos que el Mago intentaría utilizarte para abrir un portal a Kansas, y estábamos seguras de que la salida estaría en este lugar, así que vinimos a esperaros.

—¿Sabíais que el Mago quería matarme y utilizarme para abrir un portal de vuelta a Kansas, y no hicisteis nada para detenerlo? —le pregunté, furiosa.

—Gert estaba hecha polvo y no podíamos contar con ella —respondió Mombi, sin rodeos—. Yo todavía sigo muy débil. Ninguna de las tres estaba lo bastante fuerte como para frenar al Mago. Pero sabíamos que si Nox se unía a nosotras y cerraba el círculo, podríamos vencerle, a él y a Dorothy.

—Espera —dije—. Retrocede un poco. ¿Qué círculo? ¿Todo esto tiene algo que ver con lo que ha ocurrido?

Si con la ayuda de Nox podían vencer al Mago y a Dorothy, ¿para qué me necesitaban?

—Ya sabes lo importante que es el equilibrio en Oz —dijo Gert, y entonces me acordé de su truquito favorito: leer mentes—. Oz depende de la magia para sobrevivir y por eso nadie puede abusar de ella. De hacerlo, dañaría a Oz. La Orden pretende mantener ese equilibrio. Siempre ha habido cuatro brujas, una en el Norte, otra en el Sur, otra en el Este y otra en el Oeste. Pero ese equilibrio se rompió cuando Dorothy vino a Oz por primera vez, cuando asesinó a la Bruja Mala del Este. Pero ese equilibrio se descompensó aún más con la Bruja del Este. Dejó un vacío que nadie ha podido llenar, al menos de momento.

—Pero sigo sin entenderlo —dije.

—Hemos intentado derrotar a Dorothy librando batallas de una en una, pero eso es como intentar apagar un incendio forestal con un cubo de agua —admitió Mombi—. La Orden está dispersada por todo el reino. La mitad de los soldados que entrenaron contigo en las cavernas están muertos. Otros... —dijo, encogiendo los hombros— sabemos dónde se encuentran, pero están tan desperdigados que no nos sirven de nada. Lo que hemos hecho antes —comentó, y señaló las ruinas que, desde que mi madre entró en su espiral de adicciones, habían sido mi hogar— ha sido convertir a Nox en uno de nosotros. Él ha ocupado el lugar de la Bruja del Este.

—Al restaurar el Cuadrante, finalmente hemos reunido las fuerzas para matar a Dorothy —añadió Glamora—. Teníamos todas nuestras esperanzas puestas en ti...

—Pero no puedo matar a Dorothy —murmuré—. No sé cómo ni por qué, pero estamos unidas. Así que tendréis que hacerlo vosotras.

Mombi asintió con la cabeza.

—Por no mencionar el hecho de que Dorothy acaba de teletransportarse a Oz y nosotros estamos atrapados aquí, en este lugar tan horrendo.

Mombi asintió de nuevo.

Suspiré y me llevé las manos a la cabeza. Esas brujas estaban haciéndome perder la paciencia.

—Si sabíais desde el principio que Nox formaría parte de vuestro círculo, ¿por qué no lo hicisteis antes? ¿Por qué no me lo dijisteis?

—Porque desde el momento en que Nox se uniera al Cuadrante, no podría escapar de él. El compromiso es de por vida —explicó Gert—. A partir de ahora, ya no podrá anhelar otra vida que no sea esta. No te lo dijimos porque teníamos la esperanza de no llegar a esto. Y Nox no te lo contó por la misma razón. Somos criaturas ancestrales, Amy, más viejas de lo que imaginas. Y, para nosotras, el sacrificio... en fin, ya está hecho. Y no podemos dar marcha